

LA PERSONALIDAD HUMANA EN LA EXPERIMENTACION PSICOLOGICA (*)

SU SANTIDAD PIO XII

*Discurso al XIII Congreso Internacional de Psicología aplicada, el día 10
de abril de 1958*

El XIII Congreso de la Asociación Internacional de Psicología interesa la psicología aplicada; pero sin limitar vuestras investigaciones, tomáis en consideración problemas de la psicología teórica. Existen a este propósito, entre los psicólogos y los teólogos, ciertas divergencias: la utilización ampliamente extendida de ciertos "tests", por medio de los cuales se llega hasta auscultar sin escrúpulo las profundidades más íntimas del alma; después, el problema de la responsabilidad moral del psicólogo y extensión y límites de sus derechos y sus deberes en el empleo de los métodos científicos.

I

LA DEFINICIÓN DE LA PERSONALIDAD HUMANA DESDE EL PUNTO DE VISTA PSICOLÓGICO Y MORAL

El término "personalidad" se encuentra hoy por doquier, pero con diverso sentido. Muchas nociones que afectan a la estructura psíquica del hombre están expresadas en términos que conservan el mismo sentido fundamental; sin embargo, no pocos elementos del psiquismo humano no tienen aún una adecuada definición. Nos definimos la personalidad como "la unidad psicosomática del hombre, gobernada por el alma".

Los puntos de vista del teólogo y del psicólogo coinciden aquí en no pocos puntos. El individuo, en cuanto unidad y totalidad indivisible, constituye un centro único, un "yo" que se posee y dispone de sí mismo. Ese "yo" es el mismo para to-

(*) En homenaje póstumo de ODONTOIATRÍA a la memoria de Su Santidad Pío XII.

das las funciones psíquicas y permanece el mismo aun en el correr del tiempo.

Como esta marca propia de la personalidad proviene del alma espiritual, se la define como "determinada por el alma", y puesto que no se trata de un proceso ocasional, sino continuo, se añade: "gobernada por el alma".

La metafísica considera al hombre como fin último, que le es propuesto por un ser vivo, dotado de inteligencia y de libertad, en el que el cuerpo y el alma está unidos en una sola naturaleza, poseyendo una existencia independiente. En este sentido, el hombre es siempre un "individuo" distinto de todos los demás, un "yo" desde el primero al último instante de su vida, incluso cuando no tiene consciencia. Se halla, pues, una cierta diferencia entre este punto de vista y las expresiones de la psicología, pero, a veces, sin que haya en ello insoluble contradicción.

Los trazos más importantes de la personalidad, desde el punto de vista moral y religioso, son los siguientes:

El hombre es totalmente obra del Creador. Cuando se considera al hombre como obra de Dios se descubren en él dos características importantes para el desarrollo y valor de la personalidad cristiana: su semejanza con Dios y su filiación divina en Cristo, manifestada por la revelación. En efecto, la personalidad cristiana se hace incomprensible si se olvida esto, y la psicología, la aplicada, se expone también a errores si los ignora.

La consideración de la finalidad es igualmente esencial. El hombre tiene la posibilidad y la obligación de perfeccionar su naturaleza, no como él entienda, sino según el plan divino; debe no dejarse guiar por sus instintos, sino seguir las normas objetivas, como la de la deontología médica, que se imponen a su inteligencia y a su voluntad, y que son dictadas por su conciencia y por la revelación.

Decir que el hombre está obligado a observar ciertas reglas de moralidad es tenerle por responsable. Esta afirmación de la responsabilidad y de la libertad es igualmente esencial a la personalidad. No se puede, por tanto, en vista de ciertas posiciones defendidas por algunos psicólogos, abandonar los presu-

puestos siguientes, sobre los que es de desear un acuerdo entre los psicólogos y los teólogos:

1) Cualquier hombre ha de ser considerado como normal mientras no se pruebe lo contrario.

2) El hombre normal no sólo posee una libertad teórica, sino que tiene realmente también el uso de la misma.

3) El hombre normal, cuando utiliza como debe las energías espirituales que están a su disposición, es capaz de vencer las dificultades que entrañan la observancia de la ley moral.

4) Las disposiciones psicológicas anormales no son siempre insuperables y no impiden siempre al sujeto toda posibilidad de obrar libremente.

5) Incluso los dinamismos de la inconsciencia y del subconsciente no son irresistibles; es posible, en gran medida, dominarlos, sobre todo por el sujeto normal.

6) El hombre normal es, por tanto, ordinariamente responsable de las decisiones que toma.

Por último, para comprender la personalidad no se puede hacer abstracción del aspecto escatológico. Por mucho que el hombre viva, puede querer el bien o el mal; pero por la muerte, el alma queda fijada en las disposiciones adquiridas durante la vida, en una disposición que voluntariamente se impuso. Para la psicología, este episodio psíquico puede no revestir más que un interés secundario. Sin embargo, como se ocupa de estructuras psíquicas y de actos que de ellas proceden y que contribuyen a la elaboración final de la personalidad, el destino de ésta no puede serle indiferente.

La distinción y el sentido de los conceptos de "carácter" y de "personalidad" no son siempre uniformes. A veces se llega hasta tomarlos como sinónimos. Algunos sostienen que el elemento principal del carácter es la actitud que el hombre adopta de cara a su responsabilidad; para otros, es su actitud o su posición ante los valores. La personalidad del hombre normal se encuentra necesariamente enfrentada a los valores de la vida moral, que comprende también la deontología médica.

II

LAS OBLIGACIONES MORALES DEL PSICÓLOGO RESPECTO DE LA
PERSONALIDAD HUMANA

Llegamos ahora a las cuestiones de deontología médica; es decir, a la licitud, en primer lugar, de ciertas técnicas y de la manera de aplicar los "tests" psicológicos.

Los "tests" y los otros medios de investigación psicológica han contribuido enormemente al conocimiento de la personalidad humana. Podría pensarse así que no existe en este campo ningún problema particular de moral médica. Sin embargo, habrá que hacer una distinción. Sus fines, es decir, el estudio científico de la psicología humana y la curación de las enfermedades del psiquismo, no pueden menos de ser laudables; pero los medios utilizados ofrecen a veces justificadas reservas.

No escapa a los mejores psicólogos que el empleo más hábil de los métodos existentes no llega a penetrar en la zona del psiquismo, que constituye, por así decirlo, el centro de la personalidad y permanece siempre en misterio. Llegado a este punto, el psicólogo no puede menos de reconocer con modestia los límites de sus posibilidades y respetar la individualidad del hombre sobre la que ha de pronunciar un juicio: deberá esforzarse por percibir en todo hombre el plan divino y ayudar a desarrollarle en la medida de lo posible. Vosotros ponéis de relieve las objeciones sobre la penetración del psicólogo en lo íntimo de la personalidad de otro. Así, por ejemplo, la utilización del narcoanálisis, discutido ya en psicoterapia, es considerado como ilícito en el ámbito judicial; igualmente, el empleo del detector de mentiras. Tal autor denuncia las consecuencias nocivas de las tensiones emotivas violentas provocadas en un sujeto a título experimental, pero asegura también que es necesario saber preferir el interés del progreso científico al de la persona individual que sirve de sujeto del experimento. Algunos, en la investigación y el tratamiento psiquiátricos, efectúan intervenciones que no han obtenido el consentimiento del paciente, o éste no conocía exactamente su importancia. Así, la revelación del contenido real de su personalidad puede provocar en algunos serios traumatismos. En pocas palabras, se puede decir que, a veces, es necesario deplorar el intrusismo injus-

tificado del psicólogo en la personalidad profunda y los peligros psíquicos serios que de ello resultan para el paciente e incluso para terceras personas. Máxime cuando no se asegura enteramente el consentimiento del interesado y se alega, para justificar procedimientos discutibles, *la prioridad de la ciencia sobre los valores morales* y sobre los intereses particulares, es decir, el del bien común sobre el bien particular.

1. *El interés de la ciencia y la importancia de la psicología.*

La moral enseña que las exigencias científicas no justifican por sí solas la manera de utilizar las técnicas y los métodos psicológicos ni aun por psicólogos serios y para fines útiles. La investigación psicológica ha de tener en cuenta la persona humana, y si obedece a normas superiores, sociales, morales, religiosas. Lo mismo sucede en otras ramas de la ciencia; las matemáticas, por ejemplo, o la física, son extrañas a la moral, pero la persona que se entrega a su estudio y aplica sus leyes no abandona nunca el plano moral, porque en ningún momento su acción libre deja de preparar su destino trascendente. La psicología valorará sus exigencias en la escala de los valores y normas superiores como la equidad, el respeto a la dignidad humana, la caridad. Estas normas no tienen nada de misterioso, sino que aparecen claramente a toda recta conciencia y son formuladas por la razón natural y por la revelación.

2. *El consentimiento del sujeto.*

En sí, el contenido del psiquismo pertenece exclusivamente a la persona (aquí, sujeto de la experiencia y del tratamiento) y es conocido sólo por ella. Cuando el psicólogo se ocupa de lo que le es así revelado, no viola en modo alguno el psiquismo íntimo del sujeto. Pero hay una gran parte de su mundo interior que la persona no descubre más que a algunos confidentes. La psicología muestra, además, que existe una región del psiquismo íntimo—en particular de las tendencias y de las disposiciones—tan escondido, que el individuo no llega a conocerla, ni siquiera a sospecharla. Y así como no es lícito apropiarse de los bienes de otro o atentar contra su integridad corporal sin su consentimiento, así no está permitido entrar contra su vo-

luntad en su ámbito interior, cualesquiera que sean las técnicas y los métodos empleados.

Pero se puede también preguntar si el consentimiento del interesado basta para abrir sin reserva al psicólogo las puertas de su psiquismo.

Si ese consentimiento es arrancado injustamente, toda acción del psicólogo será ilícita; si está viciado por una falta de libertad—debida a la ignorancia, al error o a la equivocación—, toda tentativa de penetrar en las profundidades del alma será inmoral.

Por el contrario, si ese consentimiento se ha prestado libremente, el psicólogo puede, en la mayor parte de los casos, pero no siempre, actuar según los principios de su ciencia, sin contravenir las normas morales. Es necesario ver si el interesado no ha sobrepasado los límites de su competencia y de su capacidad para prestar un consentimiento válido. El hombre, en efecto, no dispone de un poder ilimitado sobre sí mismo. Señalemos que la intervención del psicólogo podrá muy bien lesionar los derechos de un tercero, por ejemplo, revelando secretos (de Estado, de oficio, de familia, de confesión) o, simplemente, el derecho de los individuos o de las comunidades a su reputación. Porque ciertos secretos no pueden absolutamente ser revelados, ni siquiera a una persona prudente.

En cuanto al derecho de la persona a proteger su mundo interior, pueden subsistir otros obstáculos en virtud de obligaciones morales que el sujeto no puede suprimir a su gusto; por ejemplo, la religiosidad, la estima de sí, el pudor, la decencia. En este caso, aunque no viole ningún derecho, la psicología falta a la moral.

3. *El altruismo heroico.*

El valor moral de la acción humana depende de su objeto. Si éste es inmoral, la acción lo es también; de nada sirve invocar el fin que persigue. Si el objeto es indiferente o bueno, se puede entonces preguntar sobre los motivos o el fin que confieren a la acción nuevos valores morales. Por ello, una intervención cualquiera del psicólogo debe ser examinada, ante todo, en su objeto. Si este objeto no es conforme al derecho o a la moral,

el motivo de un altruismo heroico no lo hace aceptable; si el objeto es lícito, la acción podrá recibir, además del motivo indicado, un valor moral más alto. Pero hay que guardarse de confundir el motivo o el fin de la acción con su objeto y de transferir a éste un valor moral que no tiene.

4. *El interés general y la intervención de los Poderes públicos.*

Que la autoridad pública puede aprovechar, por justos motivos, los métodos experimentados de la psicología nadie lo dudará. Pero la cuestión se plantea aquí sobre la elección de ciertos métodos. Es el signo característico de los Estados totalitarios, que no reparan en los medios.

En lo que concierne a las relaciones del médico con las personas que trata y con los Poderes públicos, en particular la posibilidad para éstos de conceder a ciertos médicos y psicólogos derechos que sobrepasan los que un médico posee de ordinario respecto de su cliente, y someter a los niños y jóvenes a ciertos exámenes—suponiendo que el objeto de estos exámenes sea lícito—deben contar, para ser conformes a la moral, con educadores que tengan sobre ellos una autoridad más inmediata que la del Estado; es decir, la familia y la Iglesia.

LA POBLACION DEL MUNDO SE DUPLICARA EN CUARENTA AÑOS

Noventa personas nacen en el mundo cada minuto, según revelan las estadísticas demográficas publicadas por las Naciones Unidas, lo que representa unos cuarenta y siete millones de seres humanos al año.

La población mundial, que actualmente se estima en 2.737 millones de habitantes, se duplicará en los próximos cuarenta años, según dichas cifras. Por lo que al promedio de vida se refiere, el punto más alto de la escala corresponde a los holandeses: setenta y un años para los varones y setenta y cuatro para las hembras. La cifra más baja la dan los indios, con treinta y dos años para ambos sexos.

El mayor incremento de población corresponde a los pueblos de Asia, con unos 24 millones anualmente; pero, proporcionalmente, los países de más rápida población son los de Hispanoamérica, cuyo incremento es del 2,5 por 100, que contrasta con el promedio de 1,6 por 100 de la población mundial en general.

LAS EMOCIONES Y EL CABELLO

No sabemos por qué unos somos calvos y otros no. Pero se sabe hoy lo que hay que hacer para poner todas las oportunidades por evitarlo. He aquí algunas revelaciones hechas por los mejores especialistas franceses: Un cabello vive de cinco a seis años cuando brota sobre la nuca o en la parte superior de la cabeza. De dos a cuatro años, sobre las sienes o sobre lo alto de la frente. Los primeros crecen también más de prisa porque la circulación sanguínea es mucho más abundante en estos dos puntos.

La calvicie de las razas mediterráneas comienza en general por la tonsura; la de las razas nórdicas, por las sienes y la región frontal. Se queda uno calvo más fácilmente en los países cálidos, si no se observa estrictamente una higiene del cuero cabelludo. En efecto, las glándulas sudoríparas eliminan los desechos del organismo, ácidos grasos. Si estos detritus permanecen sobre el cuero cabelludo, acaban, bajo la acción del sol, por descender a los folículos pilosos. El sudor puede dar lugar también a fermentaciones amoniacaes que matan los cabellos.

El uso del sombrero no facilita en absoluto la caída del cabello, a menos que sea muy estricto e impida la circulación sanguínea del cuero cabelludo. Por el contrario, las jaquecas crónicas pueden hacerlos caer. El espasmo de los vasos sanguíneos intensifica peligrosamente el funcionamiento de las glándulas sebáceas, arriesgando provocar la seborrea, tan peligrosa para la vida de los cabellos.

La calvicie no es precisamente hereditaria. No es menos cierto que se comprueba más frecuentemente entre los sujetos reumáticos, artríticos o neuroartríticos. Siendo estas enfermedades frecuentemente hereditarias, hay, pues, una predisposición, pero sin regla absoluta ni general.

Por último, los desequilibrios nerviosos tienen una repercusión directa sobre el cabello. Se ve acelerar su caída por una fatiga, por una noche pasada en el tren, o bien después de un susto, de un choque emocional o de una gran inquietud.

Se pueden perder entonces de 100 a 120 cabellos por día (contra un número de 10 a 30 normalmente). Viendo caer a puñados sus cabellos, el enfermo se preocupa más, acentuando así el desequilibrio orgánico que es el origen de sus males y de la caída de sus cabellos.